

La fornicación es un pájaro lúgubre

Henry Miller
In Memoriam

—Cómo que no importa —se encontró diciéndole Bender a la chica, mientras, con gesto ausente, metía en el bolsillo del piloto el diario que acababa de comprar—. Es lo único que importa.

La chica tenía diecisiete años, pero aparentaba veinte y le llevaba casi una cabeza. Con tacos. Descalza, como hacía un momento en el hotel *Loto Azul*, eran relativamente de la misma altura. Y hasta de la misma generación. Al menos con la luz apagada. La chica (impermeable de Yves Saint-Laurent, largo pelo de miel, paraguas para enanitos) dio un saltito y arrancó la húmeda hoja otoñal de un plátano. Se llamaba Agustina. Tiene ganas de dar saltitos, pensó Bender. La diáfana hija de puta todavía tiene ganas de dar saltitos. El había trabajado como un émbolo, como un pistón, como cualquier otra cosa isócrona y bien intencionada. Y ni siquiera había conseguido ponerla en marcha. Era como pretender bailar con una lápida, tenía las reacciones de una cubetera. Y ahora daba saltitos.

—Si a usted le gusta, para mí es suficiente —dijo la chica, y torciendo el cuello hacia abajo, como un cisne, le dio un beso en la zona del ojo.

Demasiado alta, en efecto; podría ponerse tacos más bajos cuando sale conmigo. Mora sería incapaz de una cosa así. O apuntar bien cuando imagina dar un beso.

De todos modos, le había hablado de usted. Esto, en ella, significaba cariño irreprimible. Sólo que Bender (cuarenta y cinco años, profesor adjunto de letras, muerto de hambre) tenía la impresión de que entre una chica de diecisiete años y un tipo de su edad, aunque fuera su amante, el único tratamiento natural era ése. Cómo está usted, señor profesor. Qué piensa de la toponimia del *Amadís de Gaula*, querido adjunto. ¿Me dejó puesta la bombacha, tío Bender?

—Vamos a tomar un café —dijo Bender—. Vos invitás.

Agustina abrió con dificultad la cartera. A causa del paraguaitas. Buscó algo. Sacó un considerable chupetín de forma cónica, lo desenvolvió y, mirando a Bender, le dio una chupada. No una chupadita, una chupada lenta, deliberada y hasta el tronco. Esta chica, con tal de tener algo en la boca, era capaz de chupar una llave inglesa. Siento un tironcito seco en el nacimiento de la nuca. Debí sentirlo en algún otro lado, pero después de cuarenta minutos de hacer de chupetín y una hora y media de bombear como una torre de petróleo en la Antártida, dudaba de tener pito. No me queda más que la cabeza.

—No tengo plata ni cinco —dijo ella mientras sostenía esa cosa entre los dientes. Otra de sus características era que con cualquier objeto en la boca conseguía hablar con claridad. Bender, a veces, dudaba de que eso lo hubiera aprendido con él en sus pláti-

cas de Española Medieval. —Y encima vas a tener que darme para el taxi. Te quiero tanto. Lo que más me gusta es cuando ponés cara de malo. Lo último que tenía me lo gasté en este chupetín. No te preocupes, bobo, vas a ver que el día menos pensado voy a tener un orgasmo. ¿Vos creés que me va a gustar?

—Entremos —dijo Bender: era menos fácil cometer un asesinato en una confitería. En la calle podía tirarla bajo un colectivo. Y a lo mejor alguna noche lo hacía. La única dificultad era que Agustina debía volver al pensionado antes de las siete. Se sentaron.

—No te vas a poner a leer el diario —dijo Agustina.

—Eh —dijo Bender—. No. Es curioso. Casi podría jurar que me saltó solo a las manos. El diario, quiero decir, en el quiosco. Nunca leo el diario. Dos cafés, mozo. Y ahora vos me decís eso. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo saqué del bolsillo.

—A lo mejor el diario te quiere decir algo —dijo Agustina—. A usted le pasan esas cosas. No, mozo. Venga por favor. Yo no quiero café. Tráigame un licuado y una o dos de esas cosas con azúcar que se ven ahí. Esas bolas. Mejor dos.

—Hubiera apostado el alma a que ibas a decir eso —dijo Bender.

—Eso qué —dijo la chica.

Tenía los ojos violetas. Realmente violetas. La primera vez en su vida que conocía a una chica con los ojos violetas y era frígida. ¿Es frígida o yo estoy viejo? William Steckel había escrito una frase que era su lema. No hay mujeres frías, sólo hace falta el hombre que las caliente. Pero a ésta quién. El Hombre Nuevo. ¿Qué había acabado de decir Agustina?

—Qué dijiste del diario.

—No sé, qué diario. De lo último que hablé fue de esas cosas con azúcar. Las bolas. —Y encendió un largo cigarrillo.

Entonces Bender sintió que realmente el diario le quería decir algo. Algo relacionado con todo eso. Con la llovizna, el sexo, la muerte. Con los quinientos mil pesos que le quedaban en la cartera. Debería estar con Mora, no con Agustina. Acostarse con Mora era como cantar de chico en el coro de la iglesia. Como una peregrinación a las montañas del Tibet. Para Mora el sexo no era un chupetín, era un cuerno de caza. Ella sabía perfectamente qué era lo que tenía en la boca cuando tenía algo en la boca. Y del cuerno de caza arrancaba melodías que convocaban a la selva dormida. Despertaban a las fieras y a los pájaros. Cuando uno entraba en Mora era como cuando el ángel Israfel improvisaba. Las Pléyades en el cielo se detenían en su carrera hacia la Gran Mariposa de Hércules a escuchar esa música que nacía en su pelvis, y los ángeles, conmovidos, aterrados, en celados, se rebelaban contra Dios por carecer de sexo y se tapaban la cara con sus enormes alas de las que caían, dando vueltas, algunas livianas plumas con lágrimas celestiales.

—Cuchi —dijo Agustina—. Despertate.

Y en el momento en que estira una de sus largas manos para tocarme la cara veo la enorme cartera de Mora, colgada de Mora, entrando como un torbellino en el bar de enfrente. Ya sé, descubrí con terror, hoy es el día de mi asesinato. Mora me ve desde aquella ventana, se olvida de que está casada (con otro, naturalmente), se olvida

de que una mujer se debe a su marido y a las mellizas y desenfunda esas grandes tijeras que debe llevar en algún lugar de su enorme bolsa y me arranca los ojos.

—Sacá la libretita y el lápiz —dice Bender con naturalidad.

—Zas —dice Agustina con una orla de licuado alrededor de los labios. Ahora parece tener quince años. Por la orla. Hasta se le redondeó la cara. Dentro de un instante se abre la puerta de este café, a mis espaldas, y Mora me clava sus tijeras en el pescuezo. Corruptor hijo de puta, la oigo gritarme, con vos no van a estar a salvo ni las mellizas. Mora, le digo antes de entregar mi alma, las mellizas apenas cumplieron dos años. Pero sólo oigo la voz de Agustina. Habla de los visigodos. —Ah, sí —ha dicho—. Tenés que explicarme bien todo eso de los visigodos y del rey Rodericus y la efe fricativa. Qué plumazo —dice.

Bender habla sin mirar hacia enfrente. Le ordena a Agustina que no copie, sino que escuche y tome apuntes. O no vamos a terminar nunca. Agustina dice que hacer dos cosas al mismo tiempo es difícil y Bender pregunta que cómo se arregla en las clases de la facultad. Ella no se arregla de ninguna manera. Dice que todavía no se acostumbra. Bender piensa que esa chica, cuando él la conoció, estaba en el secundario. Merezco la muerte. Esta chica tendría que tener un tío y llamarse Eloísa. Yo sería Abelardo y el tío mandaría una noche a sus sicarios. A cortarme las bolas. Bender recuerda las tijeras de Mora y siente una especie de vacío metafísico en los calzoncillos.

—Ya está —dice Bender—. Con eso y dos miradas al profesor tenés para un ocho. Ahí te puse la plata para el taxi. Agarrala sin que el mozo te vea. Y no me beses. Me siento mal cuando me besás en público.

Agustina salió a la calle y le hizo señas a un taxi. Cuando el taxi estaba llegando, volvió hacia la ventana de Bender. Bender miró con terror acercarse a la chica y, en la vereda de enfrente, el resplandor del pelo de Mora. Un incendio que no apaga ninguna lluvia. Y menos esa lloviznita. El agua, al tocar su pelo, debía hacer *pfffs* como mamá cuando tocaba con el dedo la plancha. Agustina le hacía señas para que levantara un poco la ventana. A Mora, por fortuna, la había detenido un Chevalier: el único objeto de proporciones adecuadas como para impedirle cruzar la calle.

—Qué —dijo Bender—. Qué te olvidaste.

Entonces la chica dijo algo que le partió el corazón. Que la reivindicó entre las mujeres. Que la puso casi a la altura de Mora y de mamá cuando planchaba.

—No te enojés conmigo —dijo— Yo hago todo lo que puedo. Yo no tengo la culpa si no me pasa nada.

Y si no hubiera sido porque Mora ya empezaba a cruzar la calle, Bender se habría puesto a llorar. Porque desde la infantil enormidad de sus ojos me estaban pidiendo ayuda dos diáfanos violetas mojadas.

Y antes de que Mora y su cartera entraran a este bar, Bender, el aterrado y desmonetizado y hambriento Bender, se encontró abriendo el diario. Otra vez. No por taparse la cara. No para ocultar sus pecados. Abrió el diario porque ese diario tenía voluntad. Ese diario tenía alma. Alcanzó a ver 10 de junio de 1980, un titular y la cara de fauno de un anciano. Iba a comprender algo cuando todo volvió a la oscuridad y al silencio. Y a la tristeza post coito. Bender volvió a ser el hombre de los cincuenta